

9 de noviembre - Dedicación de la Basílica de Letrán A - B - C

*El santuario de Dios es sagrado,
y vosotros sois ese santuario. (1 Co 3,17)*



Primera lectura

Ezequiel 47,1-2.8-9.12

El hombre me llevó a la entrada de la Casa, y he aquí que debajo del umbral de la Casa salía agua, en dirección a oriente, porque la fachada de la Casa miraba hacia oriente. El agua bajaba de debajo del lado derecho de la Casa, al sur del altar. Luego me hizo salir por el pórtico septentrional y dar la vuelta por el exterior, hasta el pórtico exterior que miraba hacia oriente, y he aquí que el agua fluía del lado derecho.

Me dijo: – Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Araba, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada. Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente.

A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina.

Segunda lectura

1 Corintios 3,9c-11.16-17

Hermanos y hermanas, vosotros sois campo de Dios, edificación de Dios.

Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima. ¡Mire cada cual como construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo.

¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y vosotros sois ese santuario.

En aquel tiempo se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: – Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.

Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El celo de tu casa me devora".

Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: – ¿Qué signos nos muestras para obrar así?

Jesús contestó: – Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.

Los judíos replicaron: – Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?

Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Meditación

El criterio para reconocer si una comunidad de creyentes lo es verdaderamente es la superación de lo que ha dado en llamarse "culto de la personalidad". Sigue imperturbable la teología de la gratuidad: sólo Dios es el verdadero responsable y protagonista de lo que pasa en una comunidad cristiana. Y así, aunque parezca paradójico, los pujos "democráticos" de la iglesia de Corinto daban paso a la superación de una sana democracia: se iba a la creación de líderes humanos, que oscurecieran la gran verdad fundamental del único protagonismo de Dios.

La construcción de la Iglesia se ha hecho a impulsos de esa misteriosa dinámica divina, pero la aportación de los hombres es también una realidad: "Con la gracia que Dios me ha dado yo, como buen arquitecto, he echado el cimiento; y otro es el que sobre él levanta el edificio". Eso sí: el cimiento siempre tiene que ser el mismo: Jesucristo. Ahora bien, la diversa aportación de los constructores será valorada, no en relación con la dignidad de la tarea encomendada, sino en relación con el esfuerzo voluntario de cada uno: y aquí da igual que uno sea arquitecto o albañil.

Pablo pasa ahora a uno de los grandes escándalos del cristianismo: ya no hay necesidad de "templos" donde encerrar a Dios. El verdadero templo de Dios es la propia comunidad humana. Este despegue de los lugares fijos de culto fue mantenido por los cristianos durante mucho tiempo. Posteriormente se volvió al cobijo de los templos. Y es curioso observar que la construcción de grandes templos coincide paralelamente con las épocas en que la Iglesia o es ella misma poder civil o comparte íntimamente sus tareas de mando. Y es que un templo puramente humano, constituido por verdaderos creyentes, es una sede de Dios bastante peligrosa para los poderes de este mundo. Así se explica en los tiempos de revisión cristiana – como son los nuestros – la proliferación de comunidades que no tienen un lugar fijo de reunión o que incluso tienen que buscar un rincón desconocido para poder celebrar sus "eucaristías". La comunidad cristiana no debe alinearse a nada ni nadie; así podrá mantener esa actitud crítica frente a todas las realidades terrenas, cuya relativación deberá intentar para oponerse al peligro de autoadivinización de "los rectores de este mundo". Pero todo ello con una condición indispensable: "todo es vuestro, sí; mas vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios". Es inútil mantener esta actitud crítica y relativizadora si no se tiene una íntima unión con Cristo y se le considera como el único protagonista y actor principal del itinerario de la salvación. La actitud profética – crítico-relativizadora – no puede concebirse si no es eso mismo: "pro", "en lugar de". Un "pro-feta" es uno que habla "en lugar de Dios", y no diviniza sus propias palabras, disfrazándolas de color evangélico.